

mo Padre San José le asistiera con su poderosa intercesion á su amante devoo que tanto lo celebró.



### CAPITULO XXXI.



*En que se trata del P. Predicador Fr. Juan Visuete y P. Fr. Domingo Jimenez.*

Ha tenido esta Provincia algunos sujetos que aunque no han sido de los pimeros en puestos y dignidades han merecido grande veneracion, así en vida como en muerte por sus relevantes virtudes, de humildad, penitencia y vidas muy ejemplares! por lo qual no se puede excusar alguna memoria de ellos; uno de los cuales fué el P. Predicador Fr. Juan Visuete, que nació en las minas de Pachuca que está 16 leguas de esta ciudad de México hijo legítimo de Juan Visuete

y Catalina López su mujer, cristianos viejos y buenos republicanos, que vivieron siempre con crédito de tales, y criaron á sus hijos en virtud y buena doctrina; entre los cuales fué el uno Fr. Juan quien habiendo venido á esta ciudad á estudiar, y aprovechado en la gramática bastante, se inclinó á la religion, donde pidió el hábito y profesó á 30 del mes de Mayo de 1635 años en este convento de México en manos del R. P. Mtro. Fr. Juan de Herrera, Comendador de él, y desde entoces dió muestras de lo que habia de ser, siendo muy humilde y pacífico, y dándosele los estudios mayores de artes y de Teología: aprovechó en ellos lo que habia menester, tanto que podia enseñarlos, si su natural humilde le hubiera inclinado á seguir la carrera de Lector, pero solo se aplicó al estudio de moral y de expositivo en que salió muy provechoso.

Luego que se ordenó de sacerdote, acabados sus estudios, empezó á predicar varios sermones así dentro como fuera del convento, en que mostró un talento singular para el púlpito, disponiendo siempre sus sermones con muy particulares ideas de muy agudos pensamientos, y estilo en que comenzó á gozar generales aplausos, y

muy gran séquito de los oyentes, y fué cosa muy especial que siendo de un natural muy encogido y por esto muy tibio, y aun algo frio en el decir era tal la viveza de sus conceptos, y los vestia con tal propiedad de voces, que los explicaba con singulars mañerías, y esta más que lo que pensaba atraia los ánimos de los oyentes, pero siempre con la molestia y humildad que tenia de su natural, tan pacífico que jamás áun siendo mozo, se le oyó una voz alta, ni de enojo ó exasperacion con persona alguna, por lo cual fué siempre muy amado de todos los religiosos y venerado de los seculares, que lo buscaban con grande ansia para que los confesase, á que jamás se excusó, antes sí con la mansedumbre y paz de corazón que tenia, lo hallaban muy pronto á todas horas para su consuelo, para asegurar la quietud de sus conciencias.

En la virtud de la penitencia fué muy austero, pues continuamente traia un silicio muy áspero de puntas de alambre que le penetraban las carnes, y las noches se iba al coro á hora competente quando no lo pudiesen ver, y después de mucho rato de oracion mental se daba muy rigorosas disciplinas que derramaba la sangre, y después se volvía á su celda á descansar

lo poco que quedaba de la noche; saliendo luego por la mañana con el rostro alegre y risueño y hablaba con los religiosos que encontraba, con muchos donaires que les decia en que tenia mucha gracia; y esto hacia por desmentir sus penitencias á los que sabia que las entendian, de que el demonio enemigo se hallaba ofendido y procuraba impedir las, con causarle horrores, como sucedió en una ocasion que saliendo Fr. Juan de la celda al dormitorio, donde estaban algunos religiosos, se transformó el demonio en una negra con un cesto en la cabeza, como andan ordinariamente en esta ciudad vendiendo algunas golocinas, y pasó casi pegándose á Fr. Juan, y diciendo como las dichas vendedoras, *quiere camotes*, y así que lo vió y oyó Fr. Juan, admirado de ver en el dormitorio de un convento semejante vision, conoció quien era y poniéndole la cruz le dijo: *vete de aqui, enemigo de Dios*, y le fué dando azotes con el cinto, y como los demás religiosos no lo habian visto aunque pasó cerca de ellos, se llegaron á Fr. Juan, «que es eso Padre, parece que ha perdido el juicio;» á que el santo varon les dijo: *pues padres ¿no han visto esa negra camotera que pasó por donde V. Ras. estaban? yo la he ido azotando con el cinto para echarla y ya se fué; los religiosos, co-*

me no habian visto tal negra, y lo vieron á él con la demostracion de ir Fr. Juan azotando y hablando con mas viveza de la que él gastaba, conocieron que era el demonio que se habia aparecido á Fr. Juan para tentarlo, y él se entró á su celda y se puso de rodillas á una estampa de Cristo Señor Nuestro en la cruz, á rezarle y darle gracias de haber vencido aquel astuto enemigo, y despues les contó á los religiosos el caso, y de allí se publicó en el convento como ellos lo han referido, y yo lo oí desde luego.

Vivió el P. Fr. Juan mucho tiempo en compañía del P. Fr. Domingo Jimenez, de quien se tratará despues inmediatamente, en una celda que llamaban la "Tebaida" así porque en ella vivian estos dos sujetos sin mas conversacion que de Dios, ni mas acciones que penitencia, como por que toda ella en las paredes estaba llena de estampas de los varones penitentes que ha tenido la iglesia, y se conserva hasta hoy en este convento, y se contaban el uno al otro para decir misa y mientras el dicho P. Fr. Domingo se ocupaba en obras de mano, como se dirá despues, era la ocupacion del P. Fr. Juan la oracion mental en lo oculto de su alcoba, y solia tomar un libro espiritual, y leia en alta voz para

que mientras trabajaba Fr. Domingo corporal- mente, oyese aquella leccion, y aprovechase en lo interior de su espíritu, y así en ambos estaba la vida activa y contemplativa como se representa en Marta y María, de esta suerte vivó el P. Fr. Juan Visuete, hasta que Dios Nuestro Señor lo llevó á descansar dia 27 del mes de Agosto del año 1651 en que murió, dejando á todos los religiosos muy lastimados y muy envidiosos de su vida ejemplar y de su muerte pacífica.

El P. Fr. Domingo Jimenez nació en esta ciudad de México, de padres pobres y humildes, pero buenos cristianos y temerosos de Dios que siempre vivieron cerca de este convento, y habiendo tenido este hijo único que bautizaron en la iglesia mayor de esta ciudad, siempre lo criaron en virtud y lo inclinaron al estudio de la música, en que su padre y los tios que tuvo fueron insignes maestros, y siendo Fr. Domingo de edad de once años, le pidió la Iglesia Catedral para ministro del coro, por tener una voz muy sonora, y estar diestro en el arte de la música; allí sirvió dos años, y como se habia criado en el barrio de nuestro convento, siempre le tiró la inclinación á nuestro santo hábito, y fué muy fácil admitirlo, por que en el convento

habia entonces y duró muchos años despues, capilla de canto, muy celebrada en este reino; con que se le dió el hábito, y fué muy niño, tanto que fué casi tres años novicio, y profesó despues á los diez y seis años de edad, dia 16 de Agosto del año 1631, en manos del R. P. Mtro. Fr. Juan de Herrera Comendador de este convento, y desde entonces prosiguiendo en su ejercicio de la música, estudió la gramática lo que le bastó para poderse ordenar de todas órdenes.

Llegó el tiempo de hallarse sacerdote, y continuando en sus ministerios de la música y del órgano en que fué muy singular ministro con tanto primor en él, que los pasos y fantasias que tocaba eran tan naturales, que ni él mismo podia repetirlos del mismo modo que una vez los habia tocado, y si le decian que volviese á tocar algun paso, lo tocaba tan diferente, que parecia otro el que lo tocaba, lo mismo era tocando el bajon y la arpa y los demas instrumentos que caben en la música, en que estaba tan provecto, y sin haberle enseñado á fabricar instrumentos sus tios ni su padre, solamente de haberlos visto hacer, siempre que se ofrecia los hacia con todo primor, y en una ocasion que se habia echado á perder un órgano pequeño que servia de ordina-

rio en el coro, y tratando el Prelado que se aderezase, llamaron un artífice que los hacía, y concertando el aderezo con él, pidió al convento cien pesos por ello; y así que lo oyó Fr. Domingo, le dijo al Prelado, que le diesen los materiales necesarios, y que él lo aderezaria, y dándoselos puso el órgano corriente y casi nuevo que hasta hoy sirve, y hecho el cómputo de lo que había costado, se halló que no pasaba de seis pesos y esto en muy breve tiempo; lo mismo hacía cuando necesitaba de aderezo el reloj y los libros del coro, y todo lo demás que se ofrecía de manufactura en el convento que para todo tenía habilidad, y tanta actividad que nada le embarazaba y en todo ello era muy proficuo al convento, pues con él no había parte que no estuviese bien puesta y aseada sin que al convento le costase una blanca.

Viendo una vez que la limosna de Redencion de Cautivos había descascido por alguna omision que habría tenido el Procurador que la recogía, encendido en celo de caridad de nuestro sagrado instituto, se fué al Prelado ordinario y le propuso al escrúpulo en que se hallaba, ofreciéndose á pedir la limosna, y aunque el Prelado le reconvino con la falta que había de hacer á los ministerios esenciales que tenía en el con-

vento, pues todo dependía de él y de su inteligencia, replicó diciendo que aunque pidiese la limosna siempre acudiría á lo demás, y que Dios le daría fuerzas para todo, e n esto se le permitió, y salió á pedir la limosna con tanta eficacia y con tal modestia que edificaba la gente, no había quien no le diese lo que podía y de este modo se aumentó la limosna, que en cada semana recogía tres tantos más de lo que antes se juntaba, y esto era no pidiendo á todas horas, ni todos los días por los que precisamente se ocupaba en otros ministerios del convento, pues en cosa alguna no se vió que faltase culpablemente jamás, y parecía imposible en lo natural que un hombre solo pudiese acudir continuamente á tantas cosas, tan diversas y trabajosas, ménos que auxiliado con virtud divina, y singular providencia de Dios.

Con esta le asistió la divina gracia, desde que lo redujo al principio, cuando á los primeros años de sacerdote se había divertido algo en cosas temporales del siglo y con ocasion de enviarlo fuera los Prelados á algunos negocios que necesitaban de su actividad y viveza, ya le sabia bien la calle, y las conversaciones, y procuraba salir más de lo necesario. Pero Dios, Padre de Misericordia, le atajó los pasos dándole un tabardillo

tan fiero, que ya recibidos los Santos Sacramentos de la iglesia llegó al punto de agonizar esperando por instantes su muerte: á este tiempo llegó á verle de enfermo, el P. Mtro. Fr. Diego Caballero (como se refirió en su vida) y preguntándole cómo se sentía, y respondiendo Fr. Domingo, que muriendo; le dijo al Padre Maestro, pues padre deme palabra de decir la misa despacio y con devoción (que la decía el Padre muy aprisa y que causaba algun escándalo) y yo le doy palabra en nombre de Dios que ha de sanar; sí doy, le respondió el Padre, y sacando el Padre Maestro de la manga una ciruela, le dijo: tómela esta fruta para que abra las ganas de comer, y comiéndosela Fr. Domingo, dijo: muy buenas ganas tengo; déme algo de alimento, y trayéndole al punto media polla aderezada, se la comió y luego se quedó dormido hasta la mañana siguiente que despertando pidió de almorzar, y viniendo el médico luego lo halló libre del achaque y quitada la calentura, y á breves dias en pié y deseando trabajar en sus ministerios y servir al convento, dando gracias á Dios por las mercedes que le habia hecho, y enmendando la vida en sus divertimientos, como en celebrar continuamente la misa con devoción.

De esta aldabada que le dió Nuestro Señor, como Padre de misericordia, nació el recojimiento dicho, y el inclinarse al confesonario, dando gran consuelo á muchas personas que lo buscaban, para su consuelo, y para el sosiego de sus conciencias, en que tenia mucha gracia por que tenia bastante estudio de lo moral, á que le ayudaba mucho su compañero Fr. Juan Visuete; y muy en especial y con todo amor al ministerio de enfermero del convento en que se empleó de suerte, que era médico, cirujano y boticario, no que mandaba hacer medicamentos, si, no que él mismo los hacia, aunque fuesen indecentes á las manos de un sacerdote, sin permitir jamás que otros ayudantes que tenia hiciesen medicina alguna de unturas, ni las demás, por que le parecia que no las habian de hacer como se necesitaban. En su misma celda tenia hecha una botica de todo aquello que no podia ser menester para un achaque repentino, los demás instrumentos necesarios, á que juntaba su caridad singular de suerte que si á la media noche ó á cualquiera hora despues sucedia algun accidente repentino á algun religioso de cualquiera esfera, le avisaban, y al instante se levantaba, aunque fuese el poco tiempo de su descanso, é iba á la celda del enfermo, que solo con

verlo entrar con tanto amor se empezaba á consolar y á sanar, y reconociéndolo que padecía iba á su celda, y en un instante disponia el medicamento que le parecia necesitaba, y aplicándoselo al enfermo, luego al punto sentia alivio y descanso, en que conocidamente obraba la divina gracia por la caridad de Fr. Domingo.

Infinitos casos se podrian referir para prueba de esta verdad, que se experimentó en tantos años que duró esta caridad de este sujeto; pero baste decir que era tal, que solo con saber los religiosos, que estaba Fr. Domingo en el convento, vivian asegurados en sus enfermedades, y así fué cosa muy de ponderar que cuando murio Fr. Domingo, quedaron todos como desahuciados, sin consuelo y muy dudosos de salud; por que su caridad era tan general, y tan grande que lo mismo era caer un religioso enfermo, que estarse Fr. Domingo con él, no solo á hacerle los medicamentos que necesitaba, sino para levantarlo y acostarlo, y si la enfermedad era de peligro, se estaba con el enfermo de dia y de noche, sin desnudarse ni acostarse en la cama con él, y algunas veces en una silla, y se si consolaba el enfermo, dormitaba algo Fr. Domingo, y luego á breve rato se levantaba á ver si habia necesidad algo al enfermo, y al llegaba el punto

de morir, le ayudaba con deprecaciones á Dios, y con actos de contricion, y al instante que espiraba, y se le hacia el sufragio que se acostumbraba, segun el ritual de la religion, se quedaba solo con los otros enfermos y bañaba el cuerpo del difunto él propio con sus manos, y lo componia con toda decencia, y lo amortajaba con indecible caridad, y luego se recojia á su celda para encomendarlo á Dios.

En todo este ministerio, no faltaba al ejercicio del coro y del órgano, y á lo demás en que incesantemente se ocupaba en particular al ejercicio de manos en su celda, donde tenia una formal carpintería con todos los instrumentos de ella, en que continuamente trabajaba las horas que no le llamaba alguna ocupacion del coro ó de la enfermería, haciendo muchas cosas de madera que le pagaban los religiosos y con ello compraba lo necesario para sí y aun para todos los necesitados que le pedian; pero es cierto que mas se aplicó á este ejercicio por divertir pensamientos que podian dañar lo interior de su conciencia, y cuando llegaba la hora de alzar de obrar se recogian en su Tebaida con el compañero Fr. Juan Visuete, y ante todo se reconciliaban el uno al otro, y luego leian un libro espiritual, de oracion y vida de santos y despues se ponía

cada uno en su alcoba, que los dividia un cancel  
 de tablas y en la alcoba tenian por cama un ataud  
 hecho de sus manos, donde se entraba á dormir  
 sin mas ropa en ella que sus hábitos y una fra-  
 zada con que se cubrian, de allí se levantaban  
 el uno y despues el otro se iban al coro donde  
 tenian muy larga oracion mental, y despues de  
 ella tomaba cada cual una disciplina muy rigo-  
 rosa, que para eso las hacia Fr. Domingo de  
 puntas muy agudas de alambre con que se des-  
 pedazaba las carnes y bañaban el suelo de san-  
 gre, con tanto rigor, que llegaron las superiores  
 á mandarle con obediencia que no hiciese aque-  
 llas disciplinas de puntas de alambre, ni las to-  
 mase sino con otras menos duras, que él mismo  
 hacia; lo mismo eran los cilicios que hacia y que  
 se ponía muy continuos, sin dejar jamás por  
 ellos los ejercicios corporales que continuamen-  
 te obraba; con cuyas penitencias y trabajos en-  
 fermó gravemente con muchos y penosos ach-  
 ques que le postraron, y fué menester que los  
 Prelados le mandasen hacer una cama con col-  
 chon y sábanas y á él le mandasen con obediencia  
 que se acostase en ella y se dejase cu-  
 rar de los médicos, que aunque le asistieron con  
 el amor y cuidado que merecia tal sujeto, quiso  
 Dios darle descanso verdadero, y recibidos los

Santos Sacramentos de la iglesia, murió á 8  
 de Junio del año 1679 y luego fué enterrado  
 con general sentimiento de todos los religiosos  
 que con lágrimas del corazon lloraban la falta  
 de su caritativo enfermero.